

JAINISMO

por **ANNIE BESANT**

La Sociedad Teosófica

Centenary Printing 1974

The Theosophical Publishing House, Adyar. Chennai 600 020 India

Hermanos:

Nos vamos a encontrar esta mañana en una atmósfera muy diferente de la que estuvimos ayer, y de la que nos encontraremos mañana. No tendremos ahora a nuestro alrededor la atmósfera de romance, de caballería, que encontramos tanto en la fe del Islam y en la de los Sikhs. Por el contrario estaremos en una atmósfera calma, filosófica, tranquila. Nos encontraremos considerando los problemas de la existencia humana mirada con el ojo del filósofo, del metafísico, y por el otro lado la cuestión de la conducta va a ocupar una gran parte de nuestro pensamiento; cómo debería vivir el hombre: cuál es su relación con las criaturas inferiores que lo rodean; cómo debería así guiar su vida, sus acciones, que no puede lastimar, que no puede destruir. Uno podría casi resumir la atmósfera del Jainismo en una frase, que encontramos en el *Sutra Kritāṅga*, [iii, 20] que el hombre que no lastima a ninguna criatura viviente alcanza el Nirvana que es la paz. Esa es una frase que parece llevar con ella todo el pensamiento del Jaina: paz – paz entre hombre y hombre, paz entre el hombre y el animal, paz en todo lugar y en todas las cosas, una perfecta hermandad de todo lo que vive. Tal es el ideal del Jaina, tal es el pensamiento que él procura llevar a cabo en la tierra.

Ahora los Jainas son comparativamente un pequeño cuerpo; solo ascienden a entre uno y dos millones de hombres; una comunidad poderosa no por sus números, sino por su pureza de vida, y también por la riqueza de sus miembros — mercaderes y comerciantes en su mayoría. Las cuatro castas de los Hindúes son reconocidos por los Jainas, pero no van a encontrar muchos brahmanes entre ellos; también pocos Kshatriyas, cuya casta parece totalmente incompatible con las ideas actuales de los Jainas, aunque sus Jinas son todos Kshatriyas. La vasta masa de ellos son Vaishyas — comerciantes, mercaderes y fabricantes — y los encontramos en su mayoría reunidos en Rajputana, en Guzerat, en Kathiawar; diseminados ciertamente también en otras partes, pero puede decirse que las grandes comunidades jainas están confinadas a estas regiones de India. Verdaderamente no era así en el pasado, ya que encontraremos que pronto diseminaron, especialmente durante la Era Cristiana, así como también antes y después de ella, a través de todo el sur de la India; pero si los consideramos como están hoy, se puede decir que las provincias que mencioné prácticamente incluyen la masa de los Jainas.

Hay un punto con respecto a las castas que los separa del Hinduismo. El Sannyāsī del Jaina puede provenir de cualquier casta. No está restringido, como en el hinduismo ortodoxo común a la casta brahmana. El Yati puede provenir de cualquiera de las castas, y por supuesto como regla proviene del Vaishya, que es la casta enormemente predominante entre los Jainas.

Tienen los mismos enormes ciclos de tiempo con los que estamos familiarizados en el hinduismo; y se debe recordar que el jaina como el budista son fundamentalmente ramas del hinduismo antiguo; y habría sido mejor si los hombre no hubieran estado tan inclinados a dividir, y a poner énfasis en las diferencias en lugar de las similitudes — si estas dos grandes ramas hubieran permanecido como Darsanas del Hinduismo, en lugar de haberse separado en diferentes religiones, y como si fueran rivales. Por mucho tiempo entre los eruditos occidentales, se veía al Jainismo como derivado del Budismo. Se admite ahora que era un error y que ambos de la misma manera derivan de la fe hindú más antigua; y en verdad hay grandes diferencias entre el jaina y el budista, aunque también hay similitudes, semejanzas en la enseñanza. No hay sin embargo ninguna duda, si me permiten hablar positivamente, que el Jainismo en la India es mucho más antiguo que el Budismo. El último de sus grandes Profetas fue contemporáneo de Sākya Muni, el Señor Buda; pero El fue el último de una gran sucesión, y simplemente le dio al Jainismo su última forma. Dije que había grandes ciclos de tiempos en los que creían los jaina y los hindúes; y encontramos que en cada vasto ciclo — que se parece al día y la noche de Brama — veinticuatro grandes Profetas vienen al mundo, de alguna manera, aunque no completamente, con la naturaleza de Avatares. Siempre se elevan desde el estado adulto, mientras que, en algunos casos, el hindú es reacio a admitir que un Avatar es un hombre perfeccionado. El Jaina no tiene ninguna duda sobre este punto. Sus veinticuatro grandes Maestros, los Tirthamkaras, como se los llamaba, eran hombres perfeccionados. A ellos le da los muchos nombres, que Ud. encontrarán aplicados en el Budismo en sentidos un tanto diferentes. Habla de ellos como Arhats, como Buddhas, como Tathāgatas, etcétera, pero sobre todo como, Jinas; el Jina es el conquistador, el hombre hecho perfecto, que ha conquistado su naturaleza inferior, que ha alcanzado la divinidad, en quien Jīva afirma sus poderes supremos y perfeccionados: él es el Isvara, desde el punto de vista del jaina.

Veinticuatro de estos aparecen en cada ciclo, y, si toman el *Kalpa Sutra* de los Jainas, encontrarán en aquel las vidas de estos Jinas. La vida del único que se da allí totalmente — y la totalidad es de una descripción muy limitada — es la del vigésimo cuarto y último, El que fue llamado Mahāvīra, el poderoso Héroe. El se yergue ante el Jaina como el último representante de los Maestros del mundo; como dije, es contemporáneo de Sākya Muni, y algunos dicen que El es Su pariente. Su vida era simple, aparentemente con pocos incidentes, pero con grandes enseñanzas. Bajando de las más elevadas regiones a Su última encarnación, aquella en la que iba a obtener iluminación, El al principio guiaba Su rumbo dentro de una familia brahmana, donde, parecería según el relato dado, El había planeado nacer; pero Indra, el Rey de los Devas, viendo la llegada del Jina, dijo que no era correcto que El naciera entre los Brahmanes, porque siempre el Jina era un Kshatriya y debía nacer en una casa real. Por lo tanto Indra envió a uno de los Devas para guiar el nacimiento del Jina en la familia del Rey

Siddhārtha, en la cual finalmente nació. Su nacimiento estuvo rodeado por aquellos signos de gozo y placer que alguna vez anunciaran la llegada de uno de los grandes Profetas de la raza — las canciones de los Devas, la música de Gandharvas, la diseminación de las flores del cielo — estos son siempre los acompañamientos del nacimiento de uno de los Sabios del mundo. Y el Hijo nace entre estos regocijos, y ya que, después de Su concepción en la familia, la familia había incrementado en riqueza, en poder, en prosperidad, ellos lo llamaron Vardhamāna — el Acrecentador de la prosperidad de su familia. Creció como un niño, como un joven, amoroso y obediente a Sus padres; pero siempre en Su corazón el voto que El ha tomado, muchas vidas antes, de renunciar a todo, de alcanzar la iluminación, de convertirse en Salvador del mundo. Espera hasta que su padre y madre están muertos, para que no pueda apenar sus corazones por su partida; y entonces, con el permiso de Su hermano mayor y los consejeros reales, sale rodeado por multitudes de personas para adoptar la vida ascética. Llega a la selva; se quita sus vestiduras, sus vestiduras reales y sus ornamentos reales; se arranca el cabello; se viste con las prendas del asceta; envía de regreso a la procesión real que lo siguió, y se aventura solo en la selva. Allí por doce años practica grandes austeridades, luchando para realizarse a Si Mismo y darse cuenta de la nada de todas las cosas excepto el propio yo; y en el decimotercer año la iluminación desciende sobre El, y la luz del Yo brilla sobre El, y el conocimiento del Supremo se convierte en el suyo propio. Se libera de los lazos de Avidyā y se convierte en el omnisciente, el que todo lo sabe, y luego aparece como Maestro al mundo, enseñando durante cuarenta y dos años de vida perfecta.

De las enseñanzas, aquí no se nos dice prácticamente nada; se dan los nombres de algunos discípulos; pero la vida, los incidentes, todos son omitidos. Es como si el sentimiento de que todo esto es ilusión, es nada, es cero, hubiera pasado a los registros del Maestro, de modo de hacer de las enseñanzas externas la nada, del Mismo Maestro la nada. Y después muere después de cuarenta y dos años de trabajo, en Pāpā 526 años antes del nacimiento de Cristo. No hay mucho, como ven, para decir sobre el Señor Mahāvīra; pero Su vida y trabajo se muestran en la filosofía que El dejó, en aquello que dio al mundo, aunque la personalidad sea prácticamente ignorada.

Antes que él, 1.200 años, se nos dice, estuvo el vigésimo tercero de los Tirthamkaras, y ulteriormente, 84.000 años antes que El, el vigésimo Segundo y así hacia atrás y atrás en el largo rollo del tiempo, hasta que finalmente llegamos al primero de Estos, Rishabhadeva, el padre del Rey Bharata, que le dio su nombre a la India. Allí las dos religiones, el Jainismo y el Hinduismo, se unen, y el hindú y el jaina juntos reverencian al Grande que, dando nacimiento a una línea de Reyes, se convirtió en el Rishi y el maestro.

Cuando llegamos a observar la enseñanza desde afuera — me ocuparé del interior dentro de poco — encontramos determinadas Escrituras canónicas, como las llamamos, análogas a las Pitakas de los Budistas, cuarenta y cinco en número; son el Siddhānta, y fueron recogidas por Bhadrabāka, y convertidas a escritura, entre los siglos tres y cuatro antes de Cristo. Anteriormente, como era común en India, eran entregadas de boca en boca con esa maravillosa precisión de la memoria que ha sido siempre característica de la transmisión de las

Escrituras Indias. Trescientos o cuatrocientos años antes del nacimiento estimado de Cristo, fueron puestas por escrito, reducidas, diría el mundo occidental, a una forma fija. Pero sabemos bien que no estaban más fijas que en las memorias fieles de los alumnos que las tomaron del Maestro; y aun ahora como nos dice Max Müller, si se perdieran todos los Vedas podrían ser reproducidos textualmente por aquellos que aprendieron a repetirlos. Por lo tanto las Escrituras, las Siddhānta, permanecieron escritas, recogidas por Bhadrabāka, en este periodo antes de Cristo. En el año 54 A.D. se celebró un concilio, el Concilio de Valabhi, donde se realizó una revisión crítica de estas Escrituras, bajo Devardigamin, el Buddhaghosha de los Jainas. Hay cuarenta y cinco libros, como dije; 11 Angas, 22 Upāngas, 10 Pakinnakas, 6 Chedas, 4 Mūla-sūtras, y otros 2 Sūtras. Esto constituye el canon de la religión Jaina, la Escritura autorizada de la fe. Parece haber habido obras más antiguas que éstas, que se han perdido completamente, de las que se habla como las Pūrvas, pero de éstas, como se dice, no se sabe nada. No creo que esto sea necesariamente cierto. Los Jainas son particularmente reservados con respecto a sus libros sagrados, y hay obras maestras de la literatura, entre la secta de Digambaras, a las que se les negó totalmente su publicación; y no me sorprendería si en los años por venir muchos de estos libros, que se supone están totalmente perdidos, fueran publicados, cuando los Digambaras hayan aprendido que, excepto en casos especiales, está bien divulgar las verdades al exterior, que los hombres pueden tenerlas. La reserva puede ser llevada tan lejos que puede transformarse en un vicio, más allá de los límites de la discreción, más allá de los límites de la sabiduría.

Entonces fuera de las Escrituras canónicas hay una enorme cantidad de literatura de Purānas y Itihāsas, que se parecen mucho a las Purānas e Itihāsas de los Hindúes. Se dice, no sé si verdaderamente o no, que son más sistematizadas que las versiones hindúes; lo que es claro es que en muchas de las historias hay variaciones, y sería una tarea interesante compararlas lado a lado, y rastrear estas variaciones, y tratar de encontrar las razones que las han producido.

Hasta aquí lo que podemos llamar su literatura especial; pero cuando la revisamos, encontramos que todavía estamos enfrentados a una vasta masa de libros, que, aunque se originan en la comunidad Jaina, se han convertido en propiedad común de toda la India — gramáticas, lexicones, libros sobre retórica y medicina — estos han de encontrarse en números inmensos y han sido adoptados al por mayor en India. El bien conocido *Amarakosha*, por ejemplo, es una obra Jaina que todo estudiante de Sánscrito aprende de principio a fin.

Dije que los Jainas provinieron del sur de la India — extendiéndose hacia el sur a través de toda la parte sureña de la península; los encontramos dándoles reyes a Madura, a Trichinopolis y a muchas otras ciudades en el sur de la India. Encontramos que no solo les dieron de esta manera gobernantes, sino que encontramos que son los fundadores de la literatura Tamil. La gramática Tamil, que se dice es la más científica gramática que existe, es una producción Jaina. La gramática popular, *Nāmal*, por Pavanandi, es jaina, como lo es la *Nāladīyār*. El famoso *Kural* del poeta Tiruvalluvar, conocido supongo para todo sureño, se dice que es un trabajo jaina, por esta razón, que los términos que usa son términos jainas. Habla de los Arhats; usa los términos técnicos de la religión jaina, y por lo tanto es considerado como perteneciente a la fe jaina.

Lo mismo es verdad de la literatura canaresa; y se dice que desde el primer siglo de la era cristiana al duodécimo, toda la literatura de Canara es dominada por los jainas. Tan grandes eran en esos días.

Entonces llegó un gran movimiento a través del sur de la India, en el cual los seguidores de Mahādeva, Siva, vinieron predicando y cantando a través del país, apelando a esa emoción profunda del corazón humano, Bhakti, que el Jaina había ignorado tanto. Vinieron cantando stotras a Mahādeva, coreando Sus alabanzas, especialmente trabajando la cura de enfermedades en Su nombre, y ante estas maravillosas curas y el torrente de la devoción que se despertó con sus cánticos y prédicas, muchos de los mismos jainas se convirtieron; el resto fue alejado, de manera que en el sur de India prácticamente se extinguieron. Tal es su historia en el sur; tal es el modo de su desaparición.

Sin embargo, permanecieron en Rajputana, y eran tan respetados que Akbar, el magnánimo emperador musulmán, emitió un edicto que no se debería matar a ningún animal en los alrededores de los templos jaina.

Los Jainas están divididos, podemos agregar, en dos grandes sectas — los Digambaras, conocidos en el siglo cuarto antes de Cristo, y mencionados en uno de los edictos de Asoka; los Svetambaras, aparentemente más modernos. Estos últimos son ahora por lejos los más numerosos, pero se dicen que los Digambaras poseen bibliotecas mucho más vastas de literatura antigua que la secta rival.

Dejen ese lado histórico; permítannos ahora volcarnos a sus enseñanzas filosóficas. Ellos afirman dos existencias fundamentales, la raíz, el origen, de todo lo que es, de Samsāra; estas son no creadas, eternas Una es Jīva o Atma, conciencia pura, conocimiento, el Conocedor, y cuando el Jīva ha trascendido Avidyā, la ignorancia, entonces se da cuenta de si mismo como el conocimiento puro que es por naturaleza, y se manifiesta como el Conocedor de todo lo que es. Por otro lado Dravya, la sustancia, que es lo que es conocible; el Conocedor y lo Conocible uno opuesto al otro; Jīva y Dravya. Pero Dravya ha de ser pensada como siempre conectada a Guna, la cualidad. Por supuesto, todas estas ideas son lo suficientemente familiares para Uds, pero debemos seguir las una por una. Con Dravya está no solamente Guna, la cualidad, sino Paryāya, la modificación.

“Sustancia es la sustrato de las cualidades; las cualidades son inherentes a una sustancia; pero la característica de los desarrollos es que son inherentes a cualquiera.

“Dharma, Adharma, espacio, tiempo, material y almas (son las seis clases de sustancias), constituyen este mundo, como ha sido enseñado por los Jinas quienes poseen el mejor conocimiento.” [*Uttaradhyayana*, xxviii, 6, 7. Traducido de el Prakrit, de Hermann Jacobi]

Aquí tienen la base de todo el Samsara; el Conocedor y lo Conocible, Jīva y Dravya con sus cualidades y sus modificaciones. Esto constituye todo. De estos principios hay muchas deducciones, en las cuales no tengo tiempo de incursionar; puedo darles, tal vez, una, tomada de un Gātha de Kundācārya, que les mostrará

una línea de pensamiento que no es ajena al Hindu. De todo, dicen, Uds. pueden declarar que es, que no es, que es y no es. Tomo su propio ejemplo, el familiar cántaro. Si piensan en el cántaro como Paryāya, modificación, entonces antes de que se produzca el cántaro, dirán: “Syānnāsti” no es. Pero si piensan en él como sustancia, como Dravya, entonces es siempre existente, y dirán de él: “Syādasti”, es; pero pueden referirse a él como Dravya y Paryāya, no es y es, y para resumirlo todo en una sola frase: “Syādasti nāsti”; es y no es. [*Informe de la Búsqueda del Sanscrito MSS* por Dr Bhandarkar, p 95] Una línea de pensamiento lo suficientemente familiar. Podemos encontrar docenas, veintenas y cientos de ilustraciones de esta manera de ver el universo, tediosa, tal vez, para el hombre común, pero iluminativa y necesaria para el metafísico y el filósofo.

Entonces llegamos al crecimiento, o el desarrollo, del Jīva. Se enseña que el Jīva evoluciona, por Reencarnación y por Karma; todavía, como ven, estamos en un terreno muy familiar. “El universo está habitado por criaturas diversas que están en este Samsāra, nacidos en familias y castas diferentes por haber realizado varias acciones. A veces van a los mundos de los Dioses, a veces a los infiernos, a veces se convierten en Asuras, de acuerdo con sus acciones. De esta manera los seres vivientes de acciones pecaminosas que nacen una y otra vez en nacimientos siempre recurrentes, no están disgustados con Samsāra.” [*Uttaradhyayana*, iii, 2, 3, 5] Y enseña exactamente como lo leen en el *Bhagavad-Gītā* que el ser humano desciende por malas acciones; por buenas y malas mezcladas nacerá como hombre; o, si es purificado, nacerá como Deva. Exactamente sobre estas líneas enseña el Jaina. Es por muchos nacimientos, por innumerables experiencias, el Jīva comienza a liberarse de los lazos de la acción. Se nos dice que hay tres joyas, como las tres ratnas que tan frecuentemente escuchamos entre los Budistas; y se dice que éstas son el conocimiento correcto, la fe correcta, la conducta correcta, una cuarta agregada por los ascetas: “Aprende el camino verdadero que conduce a la liberación final, la que los Jinas han enseñado; depende de cuatro causas, y se caracteriza por el conocimiento correcto y la fe. I. Conocimiento correcto; II. Fe; III. Conducta; IV. Austeridades. Este es el camino enseñado por los Jinas que poseen el mejor conocimiento.” [*Ibid*, xxviii, 1, 2] Por conocimiento correcto y fe correcta y conducta correcta evoluciona el Jīva, y en las etapas posteriores, a éstas se agregaron austeridades, por las cuales él finalmente se libera de los lazos del renacimiento. El conocimiento correcto se define como aquella que les acabo de decir con respecto a Samsāra; y la diferencia de Jīva y Dravya, y las seis clases de sustancias, Dharma, Adharma, espacio, tiempo, materia, alma; él también debe conocer las nueve verdades: Jīva, alma; Ajīva, las cosas inanimadas; Bandha, la atadura del alma por el karma; Punya, mérito; Pāpa, desmérito; Āsrāva, aquello que hace que el alma sea afectada por los pecados; Samvara, la prevención de Āsrāva por la vigilancia; la aniquilación del Karma; la liberación final; estas son las nueve verdades. [*Uttaradhyayana*, xxviii, 14]

Entonces encontramos una definición para la conducta correcta. La conducta correcta, que es Sarāga, con deseo, conduce a Svarga — o conduce a convertirse en Deva, o conduce a la soberanía de los Devas, Asuras y hombres, pero no a la liberación. Pero la conducta correcta que es Vitarāga, libre del deseo, eso, y sólo eso, conducirá a la liberación final. Como aún seguimos el curso del Jīva, lo encontramos desechando el Moha, el engaño, Rāga, el deseo, Dvesha, el

odio, y por supuesto sus opuestos, porque el uno no puede ser desechado sin el otro; hasta que al final se convierte en el Jîva completo y perfecto, purificado de todo mal, omnisciente, omnipotente y omnipresente, el universo completo reflejado en sí mismo como en un espejo, conciencia pura, “con los poderes de los sentidos, aunque sin los sentidos”; conciencia pura, el conocedor, el Supremo.

Tal es entonces un breve resumen de los puntos de vista, los puntos de vista filosóficos, de los Jainas, aceptable seguramente a todos los Hindúes, porque en casi todos los puntos van a encontrar prácticamente la misma idea, aunque puesta de una manera algo diferente.

Miremos más atentamente a la conducta correcta, porque aquí la práctica jaina se hace especialmente interesante; y sabía son muchas de sus formas, al tratar especialmente con la vida del laico. Los Jainas están divididos en dos grandes cuerpos: el laico, que se llama Srāvaka, y el asceta, el Yati. Éstos tienen diferentes reglas de conducta en este sentido solamente, que el Yati lleva a la perfección, esa para la cual el laico sólo se está preparando en futuros nacimientos. Los cinco votos del Yati que voy a tratar en un momento, también son vinculantes al laico hasta cierto punto. Para tomar un solo ejemplo: el voto de Brahmacharya, que sobre el Yati impone por supuesto celibato absoluto, en el laico significa solamente temperancia y castidad apropiada en la vida de un Grhastha. De esta manera los votos, podemos decir, corren lado a lado, de Ahimsa, inocencia, Sûnriti, veracidad, Asteya, no tomar aquello no nos pertenece, honradez, honestidad, Brahmacharya, y finalmente Aparigraha, no tomar nada, la ausencia de codicia — en el caso del laico significa que no ha de ser codicioso, o lleno de deseo; en el caso del Yati significa por supuesto que renuncia a todo y no conoce nada como “mío”, “propio”. Estos cinco votos, entonces, rigen la vida del Jaina. Muy, muy marcada es su traducción de la palabra Ahimsa, inocencia: “no matarás”. Tan lejos lo lleva en su vida, a tal extremo, que a veces pasa casi más allá de los límites de la virtud; pasa, podría decir un crítico duro a lo absurdo; pero no estoy dispuesta a decir, sino que preferiría ver en ello la protesta contra el descuido de la vida animal y el sufrimiento animal, que está demasiado extendido entre los hombres; una protesta, admito, llevada al exceso, perdiéndose todo sentido de proporción, la vida del insecto, el gnat (NT: tipo de mosquito), a veces siendo tratada como si fuera superior a la vida de un ser humano. Pero aún así, tal vez, eso puede perdonarse, cuando pensamos en los extremos de crueldad a la cual tantos se permiten incursionar; y aunque a veces puede brotar una sonrisa cuando oímos de la respiración solo a través de una tela, como hace el Yati, mientras respire continuamente tocando los labios para que nada viviente pueda ingresar a los pulmones; escurriendo toda el agua y la mayoría no científicamente hirviéndola — lo que realmente “mata a las criaturas, que si el agua permaneciera sin hervir, permanecerían vivas — la sonrisa será cariñosa, porque la ternura es hermosa. Escuchen por un momento lo que un Jina dijo, y diría a Dios que todos los hombres lo tomarían como una regla de vida: “El Venerable ha declarado ... Así como es mi dolor cuando me golpean con un palo, arco, puño, terrón, o cacharro; o amenazan, golpean, queman, atormentan, o privan de la vida; y así como siento todos los dolores y agonía, desde la muerte hasta el tirón de un cabello; de la misma manera, estén seguro de esto, todas las clases de seres sienten el mismo dolor y agonía, etc., que yo, cuando viven son maltratados de la misma manera. Por esta razón ninguna clase de ser vivo debería ser golpeado, ni

tratado con violencia, ni abusado, ni atormentado, ni privado de la vida. Digo que los Arhats y Bhagavats del pasado, presente y futuro, todos dicen así, hablan así, declaran así, explican así; ninguna clase de ser vivo debería ser asesinado, ni tratado con violencia, ni maltratado, ni atormentado, ni echado. Esta ley constante, permanente, eterna, verdadera ha sido enseñada por hombres sabios que comprenden todas las cosas.” [*Uttaradhyayana*, Bk II, i, 48, 49]

Si esa fuera la regla para todos, qué diferente sería India; sin animales golpeados o maltratados; sin criaturas que luchan, que sufren; y por mi parte, puedo mirar casi con comprensión hasta en la exageración del Jaina, que tiene una base tan noble, tan compasiva; y vería que el sentimiento de amor, aunque no la exageración, debería regir en todos los corazones de la India de todas las religiones hoy.

Después tenemos la regla estricta de que no se puede tocar ninguna droga o bebida intoxicante; nada como el hachís, opio, alcohol; por supuesto no se permite nada de esta clase; hasta la miel y la manteca llega la ley de alimentos prohibidos, porque en la obtención de la miel demasiadas veces son sacrificadas las vidas de las abejas, etc. Entonces encontramos en la vida diaria del Jaina reglas establecidas para el laico sobre cómo ha de comenzar y finalizar cada día:

“Debe levantarse muy, muy temprano en la mañana y luego debe repetir silenciosamente sus mantras, contando su repetición con sus dedos; y después tiene que decirse a sí mismo, qué soy, quién es mi Ishtadeva, quién es mi Gurudeva, cuál es mi religión, que debería hacer, qué no debería hacer?” Este es el comienzo de cada día, la estimación de la vida como si fuera; un reconocimiento de vida cuidadoso, auto-conciente. Entonces ha de pensar en los Tirthamkaras, y después ha de hacer ciertos votos. Y estos votos son característicos, por los que se, característicos de los Jainas, y tienen un objeto que es digno de elogio y de lo más útil. Un hombre a su propia discreción hace algún pequeño voto en algo absolutamente poco importante. El va a decir a la mañana: “Durante este día” — voy a tomar el caso extremo que me dio un Jaina — “durante este día no me voy a sentar más que un número determinado de veces”; o él va a decir: “Durante una semana no voy a comer tal verdura”; o va a decir: “Por una semana, o diez días, o un mes, voy a guardar una hora de silencio durante el día”. Uds. pueden decir: ¿Por qué? Para que el hombre pueda siempre ser auto-conciente y nunca perder su control sobre el cuerpo. Esa es la razón que me dio mi amigo jaina, y me pareció extremadamente sensata. Desde la más tierna infancia, se le enseña al niño a hacer dichas promesas, y el resultado es que controla la imprudencia, controla la excitación, controla ese continuo descuido, que es una de las grandes causas de la ruina de la vida humana. Un niño que es educado así no es descuidado. Siempre piensa antes de hablar o actuar; se le enseña a su cuerpo a seguir a su mente y a no seguir adelante antes que su mente, como lo hace con demasiada frecuencia. ¿Con qué frecuencia la gente dice: “Si hubiera pensado, no lo habría hecho; si hubiera considerado, nunca hubiera actuado así; si hubiera pensado por un momento nunca habría dicho esa palabra tonta, nunca hubiera pronunciado ese discurso tan duro, nunca hubiera llevado a cabo esa acción tan descortés.” Si se entrenan desde la infancia a nunca hablar sin pensar, nunca actuar sin pensar, vean cómo inconcientemente el cuerpo aprendería a seguir a la mente, y sin lucha y sin esfuerzo, se destruiría

el descuido. Por supuesto que hay votos mucho más serios que aquellos tomados por el laico con respecto al ayuno, estricto y severo, cada detalle establecido cuidadosamente en las reglas, en los libros. Pero les estaba contando un punto que no encontrarían tan fácilmente en los libros, por lo que se y lo que me parece que es característico y útil. Permítanme agregar que cuando conozcan a los Jainas los encontrarán, por lo general, lo que podrían esperar de este entrenamiento — calmos, auto-controlados, serios, algo callados, algo reservados. [Los detalles proporcionados aquí provienen en su mayoría de *Jainatattvādarsha*, de Muni Atmārāmjī, y fueron traducidos del pracrito para mi por mi amiga Govinda Dasa]

Pasen del laico al asceta, el Yati. Sus reglas son muy estrictas. Mucho ayuno, llevado a punto extraordinario, como el ayuno de los grandes ascetas de los hindúes. Hay ascetas tanto hombres como mujeres en la secta conocida como los Svetāmbaras; entre los Digambaras no hay ascetas femeninos y sus puntos de vista de las mujeres no son en general muy elogiosos. Entre los Svetāmbaras, sin embargo, hay ascetas femeninos así como también masculinos, bajo las mismas estrictas reglas de pedir limosna, de renunciar a la propiedad; pero una regla muy sabia es que el asceta no debe renunciar a cosas sin las cuales no puede progresar. En consecuencia no debe renunciar al cuerpo; debe mendigar suficiente alimento para mantenerlo, porque solamente en el cuerpo humano puede obtener la liberación. No debe renunciar al Gurú, porque sin la enseñanza del Guru no puede caminar por el estrecho sendero de la navaja; ni a la disciplina, porque si renuncia a eso, sería imposible el progreso; ni al estudio de los Sūtras, porque eso también se necesita para su evolución; pero fuera de estas cuatro cosas — el cuerpo, el Gurú, la disciplina, el estudio — no debe haber nada de lo que pueda decir: “es mío”. Dice un maestro: “No debe hablar sin que se le pregunte, y si se le pregunta no debe decir mentiras; no debe ceder a su enojo, y tolerar con indiferencia, acontecimientos agradables y desagradables. Somete tu ego, porque el ego es difícil de someter, si tu ego se somete, serás feliz en este mundo y en el próximo.” [*Uttaradhyayana*, i, 14, 15]

Los ascetas femeninos, que viven bajo las mismas reglas estrictas de conducta, tienen un deber que me parece es la disposición más sabia; es el deber de los ascetas femeninos visitar todos los hogares jainas, y ver que las mujeres jainas, las esposas y las hijas, sean apropiadamente educadas, apropiadamente instruidas. Ponen gran énfasis en la educación de las mujeres, y un gran trabajo del asceta femenino es impartir esa educación y ver que se lleve a cabo. Hay un punto que creo que el hindú bien podría tomar prestado del jaina, de manera que se les podría enseñar a las mujeres hindúes sin la posibilidad de perder su fe ancestral, o sufrir la interferencia de su propia religión, tarea que podría llevarse a cabo por ascetas de su propio credo. Seguramente no puede haber vacación más noble, seguramente sería una ventaja para el Hinduismo.

Y entonces cómo ha de morir el asceta? Por inanición. No ha de esperar hasta que la muerte lo toque; sino que cuando él ha alcanzado ese punto donde en ese cuerpo no puede hacer más progresos, cuando ha alcanzado ese límite del cuerpo, ha de dejarlo de lado y salir del mundo con la muerte por inanición voluntaria.

Tal es una breve y sumamente imperfecta descripción de una noble religión, de un gran fe que prácticamente, podemos decir, en casi todos los puntos, coincide con la hindú; y en tan gran medida es este el caso que el norte de la India los jainas y los vaishyas hindúes se casan entre si y se invitan a comer. No se consideran a sí mismos de distintas religiones, y en la Universidad Hindú tenemos estudiantes jainas, pensionistas jainas, que viven con sus hermanos hindúes, y así están desde la infancia ayudando a acercar más y más los lazos de amor y de hermandad. Ayer les hablé de la construcción de la nación, y les recordé que aquí en la India debemos construir nuestra nación de hombres de muchas religiones. Con los jainas no puede surgir ninguna dificultad, salvo por el fanatismo que encontramos por igual entre los menos instruidos de todos los credos, lo que es el deber de los más sabios, los más considerados, los más religiosos, los más espirituales, gradualmente disminuir. Permitan que todos los hombres en su propia fe enseñen al ignorante a amar y a no odiar. Permítanle poner énfasis en los puntos que nos unen, y en los puntos que nos separan. Nunca permitan que ningún hombre en su vida diaria diga una palabra de dureza de ninguna fe, sino palabras de amor para todos. Porque al hacer así no solo estamos sirviendo a Dios, sino también sirviendo al hombre, no solo estamos sirviendo a la religión, también estamos sirviendo a la India, la patria común a todos; todos son indios, todos son hijos de la India, todos deben tener su lugar en la nación india del futuro. Entonces permitamos a cualquier hermano esforzarse para hacer nuestra parte en la edificación, ya sea trayendo un pequeño ladrillo de amor al poderoso edificio de la Hermandad, y no permitamos que ningún hombre que tome el nombre de Teósofo, amante de la Sabiduría Divina, alguna vez se atreva a decir una palabra de dureza con respecto a una fe que Dios le ha dado al hombre, porque todos provienen de El, a El regresan, y a propósito qué tenemos que ver con esa pelea?